

El cuidado sí tiene precio

Avenida Patriarcado, donde el Estado se encarga de ampliar sus vías en tres, cuatro, cinco carriles más. Donde transitan personas (en su mayoría hombres) montados en excusas y con el acelerador a fondo a la hora de sacar el cuerpo para cuidar: “Dígame entonces, ¿qué hay que hacer?”, “Yo llego muy cansado del trabajo, pero le ayudo a mi mujer a trapear”, “El tiempo no me alcanza, no me da para cuidarlo”. Donde circulan mujeres atendiendo a los accidentados, las que lavan la ropa del oficial de tránsito, las que empa-can los almuerzos del conductor del bus, las que montan en el taxi la silla de ruedas para llegar a tiempo a la cita, las que madrugan para que el niño o niña pueda irse en la ruta escolar; y cómo olvidar a las migrantes y trabajadoras informales haciendo malabares en un semáforo, para recoger la moneda mientras cargan a su bebé, su mochila y le echan un ojo a la chaza de dulces para que no le pase nada. Por esta avenida se movilizan mujeres empobrecidas, de tiempo y económicamente, realizando labores de cuidado, de las que todas somos pasajeras.



Parte de la sociedad civil (ojalá fuera toda) se encarga de construir puentes para que estas avenidas sean más transitables y seguras para las mujeres. Implementan en los semáforos el color violeta para visibilizar que las mujeres también transitamos las vías. Colocan reductores de velocidad para esos hombres que andan tan cómodos y acelerados en esas vías del patriarcado, lo cual les ha permitido llegar a velocidades de hasta 150 km de años de distancia en cerrar la brecha de género. No obstante, en ese esfuerzo de alcanzar la equidad e igualdad en derechos entre hombres y mujeres, aparecen proyectos como Pielamor y Sora, Cuidando la vida.¹



Este proyecto ha acompañado 200 (doscientas) mujeres cuidadoras no remuneradas, de personas requirentes de cuidado, por medio de acciones de Representación (formativas y de incidencia política) y de Reconocimiento (afirmativas, reducción del tiempo de cuidado de otros/as y de sensibilización) en las zonas Nororiental y Centrorienta de Medellín.

¹ Proyecto de la Corporación Educativa Combos, agenciado por la Diputación Foral de Gipuzkoa.



Las mujeres cuidadoras participantes, en sus inicios no reconocían que las labores del cuidado son consideradas como trabajo. Esto se debe a que estas aportan un 20% al PIB² del país (el patriarcado ha sido bien mañoso al atribuir las labores del cuidado como un don exclusivo de las mujeres, en lugar de reconocerlo como una capacidad humana). Ahora, el 90% de ellas se reconocen como trabajadoras no remuneradas en las labores del cuidado: “Exigimos a los Gobiernos que nosotras, sí nosotras las mujeres que trabajamos sin descanso en las labores del cuidado, podamos gozar de los derechos a ser afiliadas al sistema de seguridad social y a vacaciones” (Gloria Zuleta, Campo Valdés, Comuna 4) el 80% ha activado mecanismos de exigibilidad de derechos, asignando la responsabilidad a la entidad encargada de garantizarlos. Además, se están organizando en la creación de Mesas y Redes de Cuidadas para exigir y hacer veeduría en la implementación de la política pública para cuidar y para exigir y hacer veeduría en la implementación de la política de 2015 (¿Cómo le va quedando el ojo al patriarcado? con estas acciones ya le hemos quitado un carril a esa avenida).

Aun esta avenida sigue siendo grande, los hombres siguen muy cómodos en los roles que les ha asignado el patriarcado: “¿para qué desacomodarme? dicen unos”, “¿para qué entregarles el poder? dicen otros”, “¿para qué cuidar si ahí están las mujeres? graznan la mayoría”. Pero ahí estamos, incomodándoles, floreciendo por las grietas que encontramos, trinando en sus oídos como un Sirirí, sembrando la pregunta, generando espacios reflexivos: “Hombres necios que acusáis a la mujer sin razón sin ver que sois la ocasión de lo mismo que culpáis: si con ansia sin igual solicitáis su desdén ¿por qué queréis que obren bien si las incitáis al mal?” (Sor Juana Inés de la Cruz).

Esperamos que esas avenidas reduzcan cada vez más sus carriles y sean reemplazados por espacios verdes redistribuidos, donde las mujeres cuidadoras podamos sentarnos y tener un respiro; donde las mujeres transitemos libremente en el ir y venir de los caminos, y no seamos solo un paisaje de gris asfalto, sin verde y sin el sonido de los pájaros. Deseamos ser mujeres que puedan disfrutar de los guayacanes morados florecidos.

² PIB (Producto Interno Bruto) se utiliza para evaluar el crecimiento económico, la productividad y el nivel de vida en Colombia, representa el valor total de todos los bienes y servicios producidos en el país.

Texto elaborado por Luanda

